

J. LARREGLA

Compositor y pianista nabarro



Hay individuos que, durante su vida, se atemperan á una escuela determinada, sin que valga en ellos la constante audición y exámen de obras de conspicuos compositores, para modificar sus gustos y aprovecharse de los mejoramientos y simplificaciones que el tiempo y el número de los maestros introducen en el divino arte de la música.

El maestro compositor y exímio pianista J. Larregla es uno de los exceptuados.

Del ligero exámen que he practicado en las obras del citado maestro Larregla, he podido apreciar la notable y radical diferencia que existe de las escritas en sus primeros tiempos á las del periodo actual; periodo que bien pudiera circunscribirse á los diez años últimos.

Se le vé en la primera de las etapas al jóven fogoso, vivo, con plétora de pensamientos en su cerebro; en la segunda se contempla al génio, desenvolviéndose de una manera prodigiosa, insólita, en esferas y latitudes á que nunca alcanzan las medianías. Allí los preceptos escolásticos se sobreponen á sus ideas, logrando rendirlas y ajustarlas á su albedrío; aquí las reglas del arte salen á veces por sus fueros y aparecen vencidas por la inspiración.

Al actual periodo, pues, pertenecen las obras que más eficazmente han contribuido á su popularidad.

Querer hacer una crítica en debida forma, de todas las obras que tiene escritas el maestro nabarro Larregla, sería en mí ridícula pretensión, por cuya circunstancia, y entendiendo que, «para muestra basta un botón», me limitaré á analizar una pequeña composición que ha publicado recientemente en una revista artística de Madrid.

Titúlase la obra «Pensamiento musical», y adivinar cuál sea ese

pensamiento, es tarea casi tan ardua como la de hallar la cuadratura del círculo, ó la de resolver el problema del movimiento continuo. Esto no obstante, aguzaré mi pobre ingenio, estudiaré su música peculiar, observaré sus efectos, y veré de descifrar, á mi modo, el enigma, pues abrigó la convicción de que, dados sus vastos conocimientos del arte, no habrá escrito ante la errónea y anticuada idea de producir una sensación vaga.

Á manera de introducción tiene un «Allegro á capriccio» que describe de un modo portentoso las dificultades con que tropieza para referir sus impresiones á su amigo del alma, el incomparable violinista Pablo Sarasate. Pero esas dificultades las vence Larregla: encuéntrase, por tanto, con Sarasate, y le refiere su melodía, cuyas notas parecen ser arrancadas una por una de su magnánimo corazón, que, merced á sus afectos tiernos, sentimentales hasta el sufrimiento, había optado por la continuidad ó imitación del género que con tanto éxito cultivó el romántico Federico Chopin.

Sí; esa melodía denota que á Larregla le han electrizado las obras que nos legó el inmortal Chopin, á quien quiere rendir, digámoslo así, pleito homenaje, siguiendo, en parte, sus luminosas huellas, pues es una verdad trillada que el génio se comunica al génio, así como el fuego produce nuevo fuego, cuando halla materia dispuesta.

Como demostrando haber obtenido el asentimiento de su amigo, termina triunfalmente la «romanza sin palabras»; obrita que bien pudiera parangonarse con cualquier «leder» de Chopin, toda vez que el carácter especial de su melodía, como de su armonía, ha sabido juntar los caprichos rítmicos más originales.

Continuad, pues, maestro Larregla por ese camino, y no deje de trabajar para bien del arte y de la patria.

JUAN JOSÉ BELÁUSTEGUI.

Villarreal de Urrechua.—Marzo de 1900.

